

**DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO**  
**26 DE JULIO 2020**

Probablemente nos hemos hecho estas preguntas en algún momento de nuestras vidas: ¿Cómo puedo encontrar a Dios? ¿Dónde puedo encontrar a Dios? ¿Quién soy yo para Dios? ¿Soy digna o digno de su amor, de sus gracias, de sus favores? A estos interrogantes quiere responder la Palabra de Dios de este domingo.

¿Cómo puedo encontrar a Dios?

Antes de responder a esta pregunta quiero dejar claro un principio que está presente en toda la Biblia: Dios nos busca siempre y de muchas maneras. Para que haya encuentro entre Dios y nosotros, también nosotros tenemos que buscar a Dios. Ejemplo extraordinario de esta búsqueda de Dios son los magos venidos de oriente que siguiendo la estrella e indagando en las Escrituras del Pueblo Judío encontraron a Dios mismo recién nacido en una pesebrera, envuelto en pañales; pero también ejemplo de esta búsqueda son Abraham, Moisés; el profeta Elías, Zaqueo, María Magdalena; Pedro, Pablo, San Agustín, Santa Teresa por mencionar algunos porque son millones y millones

¿Dónde puedo encontrar a Dios?

Según la primera parábola del Evangelio de hoy: Dios es un tesoro oculto en un campo. ¡DIOS ESTÁ PRESENTE PERO OCULTO! Como presente y oculto estuvo: en los peregrinos que se arrimaron a la casa de Abraham pero dichos peregrinos eran Dios mismo; como presente y oculto estuvo cuando Moisés se acercó para ver un árbol que ardía en fuego sin consumirse; presente y oculto en la burrita del profeta Balaam que cuando habló le hizo ver a su amo la presencia del Ángel de Dios; presente pero oculto en la marcha por el desierto durante cuarenta años, presente pero oculto en el niño envuelto en pañales, presente pero oculto en el crucificado que los hombres juzgaron como maldito y a través del cual nos viene toda bendición... Es necesario salir y visitar los lugares en los que Dios se encuentra, allí nos sorprende y nos llena de gozo con su presencia. Dios está presente pero oculto en la belleza de la creación (" lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad"). Dios está presente aquí en la comunidad creyente que se reúne para alabarlo, está presente en Las Sagradas Escrituras que parece como cualquier otro libro pero nosotros lo recibimos y acogemos como Palabra de Dios, está presente en la sencillez y pequeñez de los sacramentos: en la gracia del bautismo que nos engendra para la vida eterna, en la confirmación que nos renueva la gracia del Espíritu Santo, en las palabras de la absolución en la confesión que nos devuelven la inocencia bautismal, en el pan y vino eucarísticos

donde Cristo se hace presente de manera real, en el matrimonio cuando Cristo se convierte en la garantía de un amor para siempre si cada miembro de la pareja lo recibe y acepta en su corazón vivir para la gloria de Dios; en el orden sacerdotal cuando Cristo se arriesga con un hombre para que en su nombre distribuya la gracia a sus hermanos; en la unción de los enfermos cuando Cristo llega para dar la salud, o el consuelo, o la gracia de unir los propios dolores a la cruz de Cristo. Está presente pero oculto en el prójimo que vive contigo; y también entre los más pobres, pues ya lo dijo Él, “vengan benditos de mi Padre para el reino destinado para ustedes: pues pasé muchas necesidades en mis hermanos necesitados y en todas me asistieron. Está también presente pero oculto en la oración humilde y silenciosa.

Sabiendo donde está presente Dios y sabiendo que me quiere mostrar su rostro y hacerme escuchar su voz. Correré decidido a buscarlo aunque eso implique que tenga que cambiar mis prioridades, mi agenda, correré a buscarlo: alabándolo cada día por este mundo tan hermoso en que nos ha puesto; congregándome en con otros creyentes para gozar de su presencia en la comunidad reunida; participando asiduamente de los sacramentos; leyendo, estudiando, orando y practicando las Escrituras; siendo amoroso con la pareja, con la propia familia; brindando respeto, reconocimiento y ayuda a los pobres y a los que están en cualquier necesidad espiritual o material; orando continuamente rogándole que nos consuele, que nos muestre su ternura y su compasiva misericordia y que se haga su voluntad aquí en la tierra del mismo modo que se cumple perfectamente en el cielo.

¿Quién soy yo para Dios? ¿Soy digna o digno de su amor, de sus gracias, de sus favores?

A estas dos preguntas responde la segunda parábola que hemos escuchado: Dios es ese comerciante en perlas finas que vendió todo lo que tenía para comprar una perla que le robó su corazón. Esa perla de gran valor es la humanidad entera y cada uno de nosotros en particular. Yo soy para Dios esa perla de gran valor por la que lo ha arriesgado todo de distintas maneras a lo largo de la historia, pero que en el momento final llegó al colmo de abandonar su propio cielo y hacerse presente en la debilidad de la carne de su Hijo Nuestro Señor Jesucristo. Si, tu eres la perla fina por la que Dios lo ha arriesgado todo, ya puedes tener la seguridad de que cualquiera que haya sido o sea tu vida, Dios está esperando por ti para llenarte de todas sus bendiciones; solo espera tu sí como el de María para hacer obras grandes en ti. Amén.